

DIA VEINTE Y CINCO.

SAN LUIS, REY DE FRANCIA.

Luis IX, de este nombre, uno de los mayores reyes que ocupó el trono de Francia, y uno de los mayores santos que venera la santa Iglesia, nació en Poissy el día 25 de abril del año 1215. Como el Señor le había escogido para formar un rey á medida de su corazón, le previno con aquellos singulares dones que forman también el corazón de los santos. Ningun príncipe nació al mundo con mas noble inclinación á la virtud, con mas rico fondo de dulzura y de bondad, con prendas mas h eroicas ni mas reales. Quiso encargarse de su educaci3n su misma madre la reina doña Blanca, princesa mas recomendable por su eminente piedad, que por sus elevados talentos y por su espíritu verdaderamente superior. Aplic3se á formar aquel tierno coraz3n de manera que, antes aprendiese á obedecer y á servir á Dios, que á mandar á los hombres. Poco tuvo que hacer la escuela en un genio tan feliz. Anticip3se él mismo á las lecciones que le daban, y presto se reconoci3 no habia nada que hacer sino dejar que produjesen por si mismas as semillas de la virtud que Dios habia sembrado en aquella grande alma.

A los ocho años de su edad perdi3 Luis al rey Felipe Augusto, su abuelo, y tres años despues á su padre Luis VIII, que le dej3 la corona bajo la tutela de su madre, cuando Luis contaba solos once años. Quiso la reina madre prevenir las turbaciones de una larga menor edad (porque en aquel tiempo hasta los veinte y cinco años no se declaraban mayores los

T. 8.

P. 524.



S. LUIS, REY

DE FRANCIA.

reyes de Francia), y dispuso que su hijo fuese consagrado en Reims, disipando con su prudencia en poco tiempo los sediciosos intentos de los condes de Champagne, de Boloña, de Bretaña, de la Marca, de Dreus, de Flandes, de Tolosa y de Provenza, ligados contra el gobierno, de manera que con su conducta y su valor aseguró la autoridad del rey su hijo, y conservó la calma en el estado durante el tiempo de su acertada regencia. El mayor cuidado de la virtuosa princesa en aquella dulce tranquilidad fué la santa educacion del niño rey. No perdonó medio alguno para que desde aquella tierna edad recogiese todos los frutos de la virtud y del estudio. Encontraba en el hijo toda la docilidad, toda la dulzura, todo el despejo del entendimiento y toda la disposicion de corazon que era menester para que fuesen eficaces sus lecciones. Repetiale continuamente que, no obstante la ternura con que le amaba, querria mas verle perder la vida, que la gracia; leccion que se le imprimió tan altamente en el alma, y por toda la vida le infundió tan grande horror al pecado, que, preguntando un dia á su confidente Joinville cuál querria mas, estar plagado de lepra, ó cometer un pecado mortal; y respondiendo Joinville con su natural franqueza que antes cometeria cien pecados mortales, que padecer la lepra; indignado el jóven rey, le dijo con alteracion: *Bien se conoce, Joinville, no sabes lo que es estar en desgracia de Dios; sábete que un solo pecado mortal se debe temer mas que todos los males de este miserable mundo.*

El singular gusto que tomaba á todas las máximas del Evangelio le movia á practicar sus consejos. Comenzó á mortificar sus sentidos, á macerar su cuerpo y á domar sus pasiones casi desde la cuna. Gustaba mucho de la caza, de la pesca, de la cetrería y del juego de ajedrez; esto bastó para prohibirse á sí mismo todas aquellas inocentes diversiones desde la edad

de quince años. Desde entonces ocuparon el lugar de estos licitos desahogos la oracion y los ejercicios espirituales. Su modestia en el templo y su devocion reformaron toda la corte. Sintieronse movidos hasta los mas disolutos, y todo se rendia á sus ejemplos.

Mientras desempeñaba con tanta perfeccion las obligaciones de cristiano, no se descuidaba en llenar todas las funciones de un gran rey. No se vió príncipe mas anticipadamente formado á las reales virtudes del trono; tan político en el gabinete, como diestro y valeroso en la campaña, brillaba igualmente en uno y otro teatro. Sabia muy bien la lengua latina, prenda muy rara en aquel tiempo, singularmente entre los príncipes; las horas que no ocupaba en el despacho, las dedicaba á los ejercicios de la religion, á la lectura de los santos padres, sin que la natural blandura que inspiraba la devocion debilitase en su ánimo los espíritus del valor. Resucitó la liga de los príncipes mal contentos con la *regencia*; púsose Luis á la frente de sus tropas, aunque contaba solos catorce años de edad, y al punto se deshizo la sediciosa confederacion. Contra el parecer de sus generales puso sitio á Bolesme, plaza entonces inconquistable, en lo mas riguroso del invierno, y la tomó: primer ensayo de sus hazañas, que domó á los mal contentos, obligándolos á pedir la paz, y restituyó al reino la calma.

Volvió el rey á Paris donde dió nuevas muestras de su piedad. Fundó la célebre abadía de Royaumont; puso la primera piedra en la iglesia de Santa Catalina del Val; erigió el monasterio de los cartujos, dándoles el palacio de Bambert; edificó varios conventos y hospitales; y habiendo logrado restituir al conde de Tolosa al gremio de la Iglesia romana, tuvo el consuelo de poner fin á la guerra de los albigenses, que su padre Luis VIII habia comenzado.

Apaciguadas las guerras civiles, y abatidos los ene-

migos extraños, entró en Paris tan estimado de los oficiales y de los soldados, como aplaudido y amado de todo el pueblo; viendo todos con el mayor asombro á un rey tan poderoso en una corte tan brillante, y en la edad de diez y ocho á veinte años con tal delicadeza de conciencia, con tal pureza de costumbres, con tanta prudencia y con tanta devocion, que causaria admiracion en el mas estrecho claustro. No se presentaba ocasion de hacer justicia, de aliviar al vasallo, y de ejercitar alguna obra de caridad, que no la abrazase con el mayor gozo. Siempre fueron los pobres sus principales favorecidos, y desde su menor edad sustentaba en palacio un gran número de ellos, sirviéndolos él mismo á la mesa. Su pasion dominante fué el zelo de la religion; firmábase muchas veces *Luis de Poissy*, en memoria de haber recibido allí la primera gracia del bautismo. El año de 1234 se casó con Margarita, hija primogénita de Raymundo de Berenguer, conde de Provenza, princesa cabal, cuyas inclinaciones eran muy conformes con las del santo rey; y luego se dedicó á arreglar su casa y la casa de la reina; de manera que ambas casas fueron modelo á las demás familias particulares de virtud, de buen gobierno y del mas cristiano método. Luego que el rey llegó á la edad de mayor, hizo aun mas abierta profesion de la santidad á que Dios le llamaba. Desterró de su palacio toda profanidad; deshízose de todos los muebles preciosos y de todos sus magníficos vestidos; prohibióse hasta las mas inocentes diversiones; aumentó sus penitencias, y maceró su cuerpo con disciplinas y con cilicios; arregló las horas de sus devociones. Rezaba todos los dias el oficio divino, andaba las estaciones, visitaba á los pobres en los hospitales; y como el amor á la santísima Virgen era, por decirlo así, su pasion, ningun dia dejaba pasar sin dar algunas pruebas de su zelo por su honor y por su culto.

Pero sus devociones nunca disminuían su aplicación á los negocios del estado. Jamás se había visto el reino en mayor gloria. Habiéndose coligado con Enrique III, rey de Inglaterra, Hugo de Lusignan; conde de la Marca, príncipe inquieto y sedicioso, tomó las armas contra su legítimo soberano; y orgulloso con los poderosos socorros que le había conducido el mismo inglés en persona, nada menos se prometía que la conquista de todo el reino. Juntó Luis algunas tropas, púsose á su frente, marchó al enemigo, deshizo al conde, pasó el río Charanta, atacó á Enrique, fiero con su numeroso ejército, desbaratóle con solo su valor, llevó el terror y el desorden hasta el mismo cuartel del rey, que con el miedo de ser hecho prisionero corrió sin comer dos días y dos noches hasta ponerse en salvo dentro de la plaza de Blaye. Vinieron el conde y la condesa á echarse á los pies del rey; perdonólos, y aunque le hubiera sido fácil apoderarse de todo lo que poseían los Ingleses de esta parte del mar, se contentó el santo rey con haber echado al enemigo; concedióle la paz, y restableció la tranquilidad en el reino.

Alligió el hambre á las provincias de Normandía, de Guiena y de Poitou; y no contento san Luis con libertarlas de los impuestos ordinarios, envió á ellas gran cantidad de granos, haciendo cuantiosas limosnas á todos los pobres. Corrió la voz en el Oriente de que Luis, el mayor enemigo que tuvieron jamás los mahometanos, había tomado la cruz; y un reyezuelo de Fenicia, llamado por sus vasallos *el Viejo de la Montaña*, ó *el rey de los asesinos*, acostumbrado á ser en este punto ciegamente obedecido por ellos, envió dos asesinos á París para que quitasen la vida al santo rey; supolo con tiempo, fueron presos los asesinos, y los envió libres, cargándolos de presentes. Así se

vengó el santo rey de los que vinieron á darle la muerte.

Extendida por todo el mundo la reputacion de un rey verdaderamente cristiano, tan célebre por su sabiduría como por su valor y por su eminente santidad, los príncipes mas distantes solicitaron su amistad y su proteccion. Vino á Europa el año de 1239 Balduino II, de la casa de Courtenay, emperador de Constantinopla, á implorar el socorro de los príncipes latinos, y le pareció que ganaría con un solo acto el corazon de nuestro Salvador. No se engañó; y el rey le socorrió con tropas y dinero. Salió la sagrada corona del poder de los Venecianos, en quienes los Griegos la tenían empeñada, y fué conducida á Francia. El rey, seguido de toda la corte y de todo el clero, la salió á recibir hasta cinco leguas de Sens, y la acompañó hasta Paris con tales afectos de devocion y de piedad, que se hicieron muy visibles en todo su exterior. Él mismo llevó la sagrada reliquia con los pies descalzos y descubierta la cabeza, desde la iglesia de San Antonio de los Campos, hasta la de Nuestra Señora. Depositóse despues en la capilla de San Nicolás, que estaba contigua á palacio; y habiendo recidido, andando el tiempo, un pedazo del *lignum crucis*, echó á tierra la capilla de San Nicolás, y fabricó la santa capilla, donde colocó las sagradas reliquias, engastadas en oro y piedras preciosas, fundando un cabildo de canónigos. Todos los años en el día de Viernes santo pasaba á ella revestido de sus ornamentos reales, con corona en la cabeza, y él mismo exponía el sagrado leño á la adoracion del pueblo. Despues con la cabeza descubierta, los pies descalzos, sin ceñidor y sin espada, se postraba profundamente, hacia una breve oracion, iba andando de rodillas, parábase, volvía á orar un breve espacio, y acercán-

dose en fin á la santa cruz, deshecho en lágrimas, oraba tercera vez, y postrado la besaba tiernamente con tanta humildad y con tanta compuncion, que arrancaba devotas lágrimas á los ojos de todo el concurso.

Gozaba toda la Francia de una dichosa calma, acompañada de cuantas prosperidades se podian desear en el reinado mas santo, y con el rey mas celebrado en el universo, terror de sus enemigos, admiracion de los extraños y delicias de su pueblo, cuando acometió al santo monarca una fiebre maligna que en el breve espacio de cinco dias le redujo á la mayor extremidad, y puso á todo el reino en la mas dolorosa consternacion. Conocióse en aquella ocasion quanto le amaban sus vasallos. No se veian ni se oian en toda la Francia mas que lágrimas, oraciones, procesiones generales, rogativas públicas con el Sacramento patente, ayunos y penitencias. Oyó Dios los fervorosos clamores del reino: recobróse el rey, pero fué haciendo antes voto de pasar personalmente á la Palestina, llevando consigo un poderoso ejército para echar de toda ella á los Turcos. En vano pretendió oponerse á este religioso intento toda la familia real, todos los grandes del reino y todos los prelados. Mantúvose el rey inmóvil en su resolucion, tomó la cruz, y habiéndose abocado en Cluni con el papa Inocencio IV, que le nombró generalísimo de todo el ejército cristiano, habiendo declarado á su madre la reina doña Blanca por regenta del reino, tomó el camino de Aguas Muertas en el Langüedoc, para esperar allí á los cruzados, y hacia el fin de mayo del año 1248 partió de aquel puerto con una formidable armada, compuesta de mil ochocientas velas. Fué muy feliz la navegacion; y habiéndose detenido algunos meses en la isla de Chipre donde tenia sus almacenes, se hizo á la vela, y desembarcó en Egipto. Quince ó veinte mil

sarracenos que intentaron disputarle el desembarco, fueron derrotados, y el ejército francés se apoderó de Damiata, que era la plaza mas fuerte, y como la llave de todo Egipto. Acudia el rey á todas partes, haciendo en todas prodigios de valor; pero dando igualmente en todas no menos prodigiosos ejemplos de virtud. Observando en Damiata la misma regla que en Paris, empleaba en los ejercicios de caridad y de devocion todo el tiempo que no dedicaba á los cuidados de la guerra. Tenia muy en el corazon la conversion de los sarracenos, y el Señor le dió el consuelo de ver todos los dias acudir al campo un gran número de infieles á pedir el santo bautismo.

La felicidad de aquel primer suceso dió ocasion al desorden y á la disolucion del oficial y del soldado. Parecia que quanto mas se empeñaba el santo rey en merecer la proteccion del cielo con sus oraciones, con sus penitencias y con sus limosnas, mas empeño hacia el ejército en desmerecerla por sus pecados y por sus disoluciones. Y así muy presto experimentó los efectos de la cólera de un Dios tan justamente irritado. Púsose delante de la ciudad de Massour, y la falta de viveres, las enfermedades y el fuego artificial de los enemigos á breves dias le puso en tan miserable estado, que todo el ejército se redujo á un monton de cadáveres y de enfermos. Introdújose en todo el la disenteria y el escorbuto, sin perdonar al mismo santo monarca. Fué conducido con gran trabajo á una corta ciudad, llamada Charmasach, donde le metieron en una especie de cabaña, pero no tardó mucho en ser embestida de una espesa nube de sarracenos; y queriendo el santo rey perdonar la sangre de los suyos, les mandó que se rindiesen. Lleváronle á Massour, donde el soldan hizo conducir en triunfo el oriflama y los demás estandartes franceses. Hallabase la reina en Damiata, y con el dolor que le causó la noticia de

haber sido hecho el rey prisionero, dió á luz antes de tiempo un hijo, á quien por la tristeza de este desgraciado suceso se le dió el nombre de Juan Tristan, y fué el tercero de los varones que tuvo.

Nunca se mostró el rey ni mas grande ni mas santo que en aquella abatida adversidad. Perdida hasta la misma libertad; supo ser prisionero como rey, y como rey cristianísimo. En aquella gran mudanza de estado en nada mudó su género de vida. No interrumpió sus ayunos ni las demás ordinarias penitencias. Tan tranquilo en la prision como en la corte, prosiguió rezando todos los días el oficio divino á las horas regulares, y tuvo á singular gracia de Dios que, habiéndole despojado los sarracenos de tantas alhajas preciosas, solamente le hubiesen dejado las horas y el breviario. Dueño siempre de si mismo, milagroso en su paciencia, y firme sin arrogancia, rehusó con invencible teson todo lo que creyó ser contra su conciencia y contra su honor; y fué todo su consuelo un heróico rendimiento á las disposiciones de la divina Providencia. Asombrados hasta los mismos sarracenos de aquella grandeza de alma, y hechizados de sus extraordinarias prendas, decian públicamente que, si queria ser su rey, no reconocieran otro. Ajustóse su rescate y el de todo el ejército en la rendicion de Damiata, en ochocientos mil bezanes de oro y en una tregua de diez años.

Desembarcó el rey en Acre de Palestina, donde se quiso mantener cuatro años para poner en mejor forma ó fortificar las principales ciudades de la Tierra Santa. Era su mayor pasion poder derramar su sangre en defensa de la fe. Durante su mansion en Palestina, hizo prodigios de valor, y en muchísimas ocasiones dió tales pruebas de su virtud, que hasta entonces no se habian visto semejantes en algun otro monarca. Precisado á restituirse á Francia por la noticia que

tuvo de la muerte de la reina gobernadora, partió de Palestina el dia 24 de abril del año 1255, despues de haber reedificado y fortificado á Jafa, Cesarea, Sidon y Acre. Los extraordinarios regocijos que se hicieron en toda Francia á la llegada del santo rey, fueron buenas pruebas del sincero y universal amor que le profesaban los pueblos. Dedicóse enteramente á hacerlos dichosos y felices, reformando abusos, suprimiendo contribuciones, y publicando santas, justas y provechosísimas leyes. Nunca resplandecieron mas su fe, su religion, su sólida y real virtud. Bastaron sus ejemplos para reformar la corte y todos los demás estados. Desterró de sus dominios la blasfemia por el severo castigo de los blasfemos. Restituyó el debido respeto y reverencia á los templos, castigando rigurosamente á los que los profanaban. Al paso que era muy indulgente con los que ofendian su persona, era exactísimo en hacer observar la ley de Dios; y se decia comunmente que no era posible ni mejor siervo de Dios, ni mejor amo de los hombres.

Todos los dias oía muchas misas. El respeto y la devocion con que asistia á ellas compungian á los asistentes. Las copiosas lágrimas que derramaba á la elevacion de la hostia eran efecto de su abrasado amor á Jesucristo, y de su fe. Despues que volvió á Francia, aumentó las penitencias. Además de los ayunos de la Iglesia, que observaba con rigor, ayunaba todo el Adviento, todos los viernes del año, y el dia antes de todas las fiestas de la santísima Virgen á pan y agua. En el Adviento y en la Cuaresma no comia ni fruta ni pescado, sino solo pan y legumbres. Nunca se desnudó despues el cilicio, ni el religioso mas austero era mas ingenioso que él en mortificarse. Sus tesoros solo se franqueaban á los pobres, todos los sábados concurrían á palacio mas de doscientos; lavábales los piés, besábaselos, y les daba una limos-